

lienzo, y un sombrero con plumas; todo lo cual os sienta á maravilla. ¡ Habrán de ser siempre ellos los dichos, sin que nunca nos toque el turno !

EL SARGENTO.—En desquite pertenecemos al regimiento de Friedland, y deben respetarnos y honrarnos.

1.^{er} CAZADOR.—¡ Vaya una lisonja! También nosotros llevamos su nombre ¡ qué diablo !

EL SARGENTO.—Vosotros pertenecéis á la masa general.

1.^{er} CAZADOR.—¿ Os figuráis ser una raza especial vosotros? Toda la diferencia consiste en el uniforme, y por mí me hallo perfectamente en el mío.

EL SARGENTO.— Vaya, cazadores; por vosotros lo siento, pero el caso es que vivís en continuo trato con los villanos, y el buen tono y los finos modales sólo se aprenden al lado del general en persona.

1.^{er} CAZADOR.—Pues poco os aprovecha la lección. Habréis aprendido sin duda cómo se suena y cómo escupe, pero no es precisamente en las paradas donde se aprende á conocer su genio militar y su talento.

2.^o CAZADOR.—¡ Rayos y truenos! Ved si por donde quiera que estuvimos, no nos llaman los terribles cazadores de Friedland. ¡ Ah! yo os juro que no deshonramos su nombre, ni mucho menos. ¿ Quién como nosotros cruza con tal audacia las comarcas enemigas, rompiendo por campos y sembrados? Harto conocida es la trompeta de los cazadores de Holke. Acudimos á todas partes con el ímpetu de un torrente; á lo mejor de la noche caemos como incendio sobre las casas, cuando menos se piensa, sin que valga la defensa ni la fuga, y sin orden ni concierto. La guerra es implacable, amigo, y en vano patelean las doncellas en nuestros nervudos brazos. No lo digo por vanidad, pero preguntad por nosotros en Baireuth y en Westfalia; donde una vez estuvimos, los hijos y los nietos

hablarán por espacio de cien años, y cien otros más de Holke y los suyos.

EL SARGENTO.—Alto ahí. ¿ Por ventura constituyen el buen soldado el tumulto y el pillaje? No, sino el tiempo, la reflexión, la destreza, el ingenio, el buen golpe de vista.

1.^{er} CAZADOR.—Cá, no señor; lo forma la libertad. Lo demás son necedades que no merecen siquiera contestación. Tendría gracia que hubiese abandonado la escuela y sus lecciones, para hallar en el campamento la sujeción y la fatiga, y venir á encerrarme entre las cuatro paredes de un escritorio! Quiero ser libre, ver cosas nuevas todos los días, y gozar la ventura de un instante, sin preocuparme del mañana. Para vivir sin cuidados vendí mi pellejo al Emperador. Apostadme, si queréis, en medio del fuego ó sobre el Rhin, donde caigan dos soldados por tres, y no he de chistar; pero, fuera de esto, entiendo no ser cohibido en nada.

EL SARGENTO.—Si no deseáis más, podréis alcanzarlo fácilmente con vuestro uniforme...

1.^{er} CAZADOR.— Cuando estábamos al servicio de Gustavo, rey de Suecia, ¡ diablo de hombre! aquello era un tormento, ... una tortura... Había convertido el campo en una iglesia. Mañana y tarde, al toque de diana, á la retreta, siempre rezando!; apenas intentábamos divertirnos un poco, ya estaba el hombre echándonos su sermón, desde la silla de su caballo.

EL SARGENTO.—Sí; era muy temeroso de Dios.

1.^{er} CAZADOR.—No toleraba una sola mozueta en el campamento; en cuanto daba con una, la casaba. No pude soportarlo, y me largué.

EL SARGENTO.—Ahora las cosas van por bien distinto camino.

1.^{er} CAZADOR.—Entonces me fui con los confederados, que se disponían cabalmente al ataque de Magdebur-

go. ¡ Ah ! ¡ aquello era otra cosa ! Vino, juego, mujeres á discreción ; todo iba á pedir de boca, y nos divertíamos en grande, porque Tilly entendía el cargo, y sólo se mostraba austero para sí. Cuánto á los soldados, les dejaba hacer lo que querían, y con tal que no lo pagase su bolsillo, llevaba adelante su divisa: Vivir y dejar vivir. Pero no le fué muy fiel la fortuna, y á partir de la desdichada jornada de Leipzig, la suerte nos volvió el rostro y en ninguna parte dimos con la victoria. En cuanto parecíamos y llamábamos á las puertas, las puertas se cerraban, y todos huían de saludarnos. Y como nos fué forzoso pasar en retirada de uno á otro distrito, desvanecido el respeto que nos tenían antaño, acabé por alistarme en compañía de los sajones, seguro de que hallaba con ello la ventura.

EL SARGENTO.—Y llegasteis á tiempo de saquear á Bohemia.

1.^{er} CAZADOR.—No, en verdad; mal me anduvo en esto. La disciplina era muy severa, y luégo no osábamos portarnos francamente como enemigos; porque formábamos la guardia de los castillos del Emperador, y todo se pasaba en cuentos y atenciones, de modo que la guerra parecía una comedia. Hacíamos las cosas á medias,..... no queríamos romper abiertamente con nadie. En una palabra; poca honra podía ganar por ese lado; tanto, que ya movido de la impaciencia, me volvía á mi escritorio, cuando supe que Friedland levantaba en todas partes banderín de enganche.

EL SARGENTO.—¿Y cuánto tiempo pensáis estar aquí?

1.^{er} CAZADOR.—¿Os chanceáis? Todo el tiempo que él permanezca al frente del ejército. Por mi vida que no pienso en tomar soleta. ¿Dónde estará mejor el soldado? Todo va dentro de las buenas prácticas militares, y presenta el mejor aspecto; el espíritu que rige ese gran ejército anima como soplo poderoso hasta el último jinete. Aquí ando yo con firme planta y

paso por encima del villano, como mi general por encima de los príncipes. Todo marcha como en lo antiguo, en que el sable lo decidía todo. El único delito, el único crimen consiste en resistir á una orden; cuánto no está expresamente prohibido, está permitido. Á nadie se le pregunta qué creencias profesa. Sólo hay dos cosas esenciales: lo que pertenece al servicio y lo que no pertenece á él. En lo demás, sólo debo respeto á mi bandera.

EL SARGENTO.—Me gusta oiros así; habláis como un bravo jinete de Friedland.

1.^{er} CAZADOR.—¡ Ah ! Lo que es éste no ejerce el mando como un cargo confiado por el Emperador. ¿ Á él qué le importa el Emperador, ni qué ventajas le procuró? ¿ Ha empleado por ventura su ejército en defender y proteger al país? No,... lo que él quiere es fundar un imperio militar, abrasar y conmovér el mundo, emprenderlo todo y subyugarlo todo.

EL CORNETA.—¡ Chito!... ¿Cómo os atrevéis á soltar tales palabras?

1.^{er} CAZADOR.—Digo lo que pienso. La palabra es libre, dice el general.

EL SARGENTO.—Verdad. Tal dijo; yo se lo he oído más de una vez; estaba allí. «La palabra es libre, la acción muda, la obediencia ciega.» Estas fueron sus propias palabras.

1.^{er} CAZADOR.—Si son sus propias palabras, no lo sé, pero es cómo decís.

2.^o CAZADOR.—Á él no le abandona nunca la suerte, como á tantos otros. Tilly sobrevive á su fama, pero bajo la bandera de Friedland estoy seguro de la victoria, porque la fascina, la trae sujeta á su lado, y quien quiera que combata por él se halla bajo la protección de un poder especial. El mundo entero sabe que tiene á su sueldo un demonio del infierno.

EL SARGENTO.—Es verdad; posee un hechizo; esto

está fuera de duda, porque en la sangrienta jornada de Lutzen corrió de un lado para otro á través de una lluvia de balas, y le agujerearon el sombrero, las botas y el colete, como se vió después, sin hacerle ni el más leve rasguño en la piel; y por qué?... porque traía un unto mágico.

1.^{er} CAZADOR.—¿Pero por qué atribuirlo á milagro? No señor; lo que lleva es una coraza de piel de anta que le hace invulnerable.

EL SARGENTO.—No, no,..... es un unto hecho con yerbas de bruja, hervidas y cocidas con palabras mágicas.

EL CORNETA.—Todo eso no es natural.

EL SARGENTO.—Dicen que lee en las estrellas lo por venir, así lo más lejano como lo más próximo. Pero yo estoy mejor enterado de la verdad del caso: y la verdad es que con frecuencia por las noches acude á verle un hombre gris que se filtra por las puertas cerradas. Más de una vez los centinelas le han dado el quién vive, y siempre que ha aparecido el hombre ha ocurrido luego algún suceso extraordinario.

2.^o CAZADOR.—Sí; está vendido al diablo; por esto nos damos la gran vida.

ESCENA VII

Dichos.—UN RECLUTA, UN PAISANO, DRAGONES

EL RECLUTA (*sale de la tienda cubierto con un casco, y una botella en la mano*).—¡Con Dios, padres míos! Ya soy soldado; ya no he de volver á casa en mi vida.

1.^{er} CAZADOR.—¡Hola!... ya tenemos un nuevo camarada.

EL PAISANO.—Mira, Francisco, que vas á arrepentirte de ello.

EL RECLUTA (*cantando*).—«¡Viva el bélico sonido de trompetas y tambores! Correr y ver mundo, montar á caballo, volar lejos, libre como el pinzón entre los matorrales y á través de la inmensidad! ¡Bravo! ¡Sigo la bandera de Friedland!»

2.^o CAZADOR.—Ahí tenéis un gallardo mozo.

(*Le saludan.*)

EL PAISANO.—Déjenlo en paz señores; que es muchacho de buena familia.

1.^{er} CAZADOR.—¿Hemos nacido nosotros en la calle, por ventura?

EL PAISANO.—Os digo que es muchacho de medios y fortuna. Tocad su chamarra; ¿qué buen lienzo, eh?

EL CORNETA.—Para nosotros el mejor vestido es el que nos dió el Emperador.

EL PAISANO.—Va á heredar una fábrica de gorras.

2.^o CAZADOR.—La mayor dicha consiste en hacer lo que nos acomoda.

EL PAISANO.—Luego por su abuela tendrá un almacén y una tienda.

1.^{er} CAZADOR.—¡Vaya!... ¿Pero á quién le acomoda vender pajuelas?

EL PAISANO.—Además de lo cual su padrino le cederá una taberna y una bodega con más de veinte pipas de vino.

EL CORNETA.—Que se beberá con sus camaradas.

2.^o CAZADOR.—Oye, seremos tus amigos y parroquianos.

EL PAISANO.—Deja á su novia en la mayor tristeza.

1.^{er} CAZADOR.—¡Bravo! Eso prueba que tiene corazón de hierro.

EL PAISANO.—¡Y su pobre abuelita, que se morirá de pena!

2.^o CAZADOR.—¡Mejor que mejor!... Así heredará más pronto.

EL SARGENTO (*se adelanta con gravedad y pone la mano*

sobre el casco del Recluta).—¡Bien pensado! Ya te tenemos convertido en otro hombre... Con ceñir el tahalí y cubrirte con el casco, entras en el cuerpo.... un cuerpo digno y respetable. Desde ahora debes sentirte como ennoblecido.

1.^{er} CAZADOR.—Sobre todo ha de tirar el dinero.

EL SARGENTO.—Hete pronto á navegar embarcado en la nave de la fortuna.... El mundo se abre á tus ojos. Á quien nada arriesga, nada le cabe esperar. Mientras el villano indolente y simplón da vueltas encerrado en un mismo círculo, como caballo de noria, el soldado puede aspirar á todo, porque actualmente la guerra dispone de la suerte del mundo. Mirame á mí. Bajo ese uniforme que visto, traigo conmigo el bastón del Emperador, y habéis de saber que en este mundo, del bastón ha salido el mando. El mismo cetro real no es más que un bastón; esto es cosa sabida. Con llegar á cabo se tiene ya un pié en la gran escala que lleva á los más altos puestos, y se puede subir á donde se quiera.

1.^{er} CAZADOR.—Ya lo creo; basta que sepa leer y escribir.

EL SARGENTO.—Voy á daros un ejemplo que yo mismo he presenciado hace poco. El jefe del cuerpo de dragones se llama Buttler. Pues bien; hará unos treinta años ambos éramos soldados rasos, de guarnición en Colonia; hoy él es general. Y es que ha llenado el mundo con su fama militar, mientras mis servicios no han sido muy sonados. ¿Qué más? El mismo Friedland, nuestro jefe, nuestro general, en el día tan poderoso, fué en un principio un simple hidalgo; pero fió su porvenir al dios de la guerra y ya veis á dónde se encumbró. Después del Emperador él es el primero, y quién sabe lo que osará ni á dónde llegará (*con malicia*) porque no estamos aún al cabo de la calle.

1.^{er} CAZADOR.—Es verdad; empezó siendo un pigmeo

y ahora es un gigante; porque, en Altdorf, cuando estudiaba,... era,... sea dicho sin ofenderle, un calaverón.... Una vez estuvo á punto de matar á un criado suyo. Y los muy nobles señores de Nuremberg quisieron ponerle á buen recaudo en la cárcel. Cabalmente habían construido, hacía poco, la celda donde le metieron y debía conservar el nombre del primero que entrara en ella. En vista de esto, ¿sabéis qué hizo Wallenstein? Pues dejó que pasara primero su perro. Y desde entonces el calabozo lleva el nombre del perro. ¿Qué tal? ¡Qué treta de muchacho listo! De todas sus hazañas ninguna me hace tanta gracia como esa.

(*En esto la moza ha terminado su faena y el 2.^o Cazador se entretiene bromeando con ella.*)

UN DRAGÓN (*interponiéndose entre ambos*).—Vamos, camaradas, dejarla.

2.^o CAZADOR.—¿Quién le mete á ese en lo que no le importa?

EL DRAGÓN.—Tengo que advertiros que esa moza es mía.

1.^{er} CAZADOR.—¡Cómo suya! ¿Qué está diciendo? ¡Está loco! ¿Pues no quiere poseer para sí el tesoro...?

2.^o CAZADOR.—Desea vivir aparte en el campamento. El palmito de una buena moza es como el sol: pertenece á todo el mundo. (*La besa.*)

EL DRAGÓN (*tirando á la muchacha del brazo*).—Pues repito que no lo toleraré.

1.^{er} CAZADOR.—¡Viva la broma! Ahí viene gente de Praga.

2.^o CAZADOR.—¿Anda buscando camorra? Voy allá.

EL SARGENTO.—Haya paz, señores. Cualquiera puede dar un beso á una moza.

ESCENA VIII

Dichos.—UN CAPUCHINO.—Salen algunos montañeses, y tocan y bailan un valz, primero con lento compás, que va creciendo hasta el final. El 1.^{er} Cazador baila con la moza de la cantina, la cantinera con el recluta; la moza se escapa, corre tras ella el cazador, y al intentar abrazarla, abraza en su lugar al Capuchino que sale en aquel instante.

EL CAPUCHINO (1).—Tra... la... la... Muy bien, como hay Dios... También yo quiero ser de la partida... ¿Es éste un ejército de cristianos? ¿Somos turcos? ¿Somos anabaptistas, por ventura? ¿Nos mofamos del día de domingo, como si Dios nuestro Señor tuviese la gota, y estuviese imposibilitado de darnos una paliza? ¿Es esta ocasión de tragar y beber y andar de bureo? *Quid hic statis otiosi?* ¿Qué hacéis aquí mano sobre mano? Las furias de la guerra pasean desencadenadas por el Danubio, cayeron derribados los baluartes de Baviera, Ratisbona se halla entre las garras del enemigo y en tanto el ejército permanece en Bohemia, tan tranquilo, sin importársele nada de nada, muy ocupado en contentar la tripa, más atento a la botella que a la batalla, á aguzar el pico más que el sable, persiguiendo mozas y devorando bueyes en lugar de devorar á Oxens-tiern. Y en esto, la cristiandad derrotada se cubre de ceniza y viste el burdo sayal, mientras el soldado se llena los bolsillos. Estamos en un tiempo de lágrimas y miseria; aparecen en el cielo maravillosos signos; y el Señor tiende sobre las nubes el ensangrentado manto de la guerra y se asoma á las ventanas del paraíso empuñando un cometa como un vergajo amenazador.

(1) El ridículo sermón del Capuchino, y sus demás frases en este diálogo, están entreverados de equívocos pueriles, intraducibles en nuestra lengua, y que oscurecen el sentido del original en la traducción.

El mundo entero es casa de consternación; el arca de la Iglesia naufraga en un mar de sangre, y el imperio romano ¡Dios tenga piedad de él! debiera más bien llamarse el pobre romano. Corriente de amargura es la corriente del Rhin; vacíos los monasterios, aniquiladas las diócesis, trocadas las parroquias en guaridas de ladrones, la tierra de Alemania, morada de la dicha, se ha vuelto asilo de la miseria. ¿Y cuál es la causa de esto? No quiero callároslo. La causa de esto son vuestros pecados y vuestros crímenes, vuestra vida de paganos, los escándalos á que os entregáis soldados y oficiales; porque el pecado es el imán que atrae el hierro sobre ese país. Tras el mal viene la desdicha, como el llanto tras la cebolla, como la W sigue á la V, en el abecedario. *Ubi erit victoriæ spes, si offenditur Deus?* ¿Cómo alcanzar la victoria si no atendéis á sermones, ni hacéis caso de la misa, y sólo frecuentáis la taberna? La mujer del Evangelio encontró la moneda que había perdido; Saúl, las burras de su padre; José á sus hermanos; pero quien buscase entre los soldados el temor de Dios, la disciplina y el pudor, cierto que no había de encontrarlos mas que encendiera cien faroles. Leemos en el Evangelio que los soldados acudían también á oír al predicador del desierto, y hacían penitencia, y recibían el bautismo y le preguntaban: *¿Quid faciemus nos?* ¿Qué hemos de hacer para entrar en el seno de Abraham? *Et ait illis* y les dijo: *Neminem conculcatis*; no atormentéis, no desolléis á nadie; *neque calumniam faciatis*, ni calumniéis á nadie. *Contenti estote*, contentaos, *stipendiis vestris*, con la paga, y maldito sea todo hábito pernicioso. El Decálogo dice: *no jurarás el nombre de Dios en vano*, ¿y dónde se oyen mas blasfemias que en el campamento de Friedland? Si á cada rayo y á cada trueno que lanza la punta de vuestra lengua hubiera que echar á vuelo las campanas, bien pronto no se hallarían sacristanes para ello;

y si por cada mala oración que sale de vuestros labios impuros, se os cayera un pelo de la cabeza, os quedarais calvos antes de llegar la noche, así fuese vuestra cabellera más espesa que la de Absalón. También Josué era soldado, y el rey David mató á Goliath, y sin embargo, ¿ dónde se lee que fueron blasfemos y maldicientes? Me parece que no hay que abrir más la boca para decir *Dios me ayude*, que para echar un taco. Pero ¡claro está! cuando el vaso está muy lleno se derrama y desborda por todos lados.—Hay otro mandamiento que dice: *No hurtarás*, y ese lo cumplís al pié de la letra porque robáis abiertamente cuanto cae en vuestras garras de buitre, sin que nada esté al abrigo de vuestra rapacidad y astucia; ni el dinero en el cofre, ni la ternerilla en el vientre de la vaca; cuando pilláis un huevo, cargáis con la gallina. ¿Qué decía el predicador? *Contenti estote*, contentaos con vuestra ración... Mas ¿cómo se portarán bien los súbditos, cuando el escándalo viene de arriba? Á tal amo, tal criado... Ni siquiera se sabe cuáles son sus creencias...

I.^{er} CAZADOR.—Alto ahí, padre; á nosotros puede echarnos las reprimendas que le parezca, pero guárdese de insultar á nuestro general.

EL CAPUCHINO.—*Ne custodias gregem meam*. Es un Achab, un Jeroboam que aparta á los pueblos de la verdadera fe para traerlos á la idolatría.

EL CORNETA Y EL RECLUTA.—¡Cuidado con repetir eso una sola vez!

EL CAPUCHINO.—Es un fanfarrón, un tragaespadas que quiere apoderarse de todas las fortalezas. Se jactó con impíos labios de tomar á Stralsund, aunque estuviera atada al cielo con cadenas. Pero gasta la pólvora en salvas.

EL CORNETA.—¿No habrá quien le tape esa boca de víbora?

EL CAPUCHINO.—Es un brujo que evoca los demonios,

es un rey Saúl, un Jehú, un Holofernes. Ha negado á su Señor, como San Pedro, y no puede oír el canto del gallo.

LOS DOS CAZADORES.—¡Curilla! ¡Ay de ti! ¡estás perdido!

EL CAPUCHINO.—Es un zorro, es un Herodes.

EL CORNETA Y LOS DOS CAZADORES (*acometiéndole*).—Calla; vas á morir...

ALGUNOS CROATAS (*interponiéndose entre ellos*).—Aguardad, no temáis. Continúad vuestro sermón, contadnos eso...

EL CAPUCHINO (*á gritos*).—Es un orgulloso Nabucodonosor, sentina de pecados, herético empedernido. Se hace llamar Wallenstein y es verdad, porque es para todos piedra de dolor y de tropiezos (1); y mientras el Emperador le mantenga en su puesto, no habrá paz en el país.

(*Conforme ha dicho á gritos las anteriores palabras, se ha ido retirando, protegido por los croatas.*)

ESCENA IX

Dichos.—Menos EL CAPUCHINO

I.^{er} CAZADOR (*al sargento*).—¿Qué ha querido decirnos con lo del canto del gallo que el general no puede oír? Sin duda quiso insultarle y mofarse de él.

EL SARGENTO.—Voy á explicároslo; no carece de fundamento. El general es hombre de singular compleción, y tiene sobre todo los oídos muy delicados; no puede soportar el maullido del gato, y el canto del gallo le causa horror.

I.^{er} CAZADOR.—Vaya, lo mismo que el león.

(1) Equívoco intraducible: *Allen ein Stein*, para todos una piedra.

EL SARGENTO.—Le es forzosa la mayor tranquilidad, el mayor silencio en torno. Esta es la consigna de los centinelas, porque está siempre embebido en grandes meditaciones.

(*Suenan voces en el interior de la cantina. Gran tumulto*).—¡Picaro! ¡ladrón!... ¡cogedle!... ¡cogedle!...

EL VILLANO.—¡Socorro!... ¡Misericordia!...

OTRAS VOCES.—¡Silencio!... tengamos la fiesta en paz.

1.^{er} CAZADOR.—¡Diablo!... Por allí andan á palos.

2.^o CAZADOR.—Pues vamos allá.

LA CANTINERA (*saliendo*).—¡Picaro!... ¡Ladrón!...

EL CORNETA.—¿Quién os saca de tal modo de las casillas?

LA CANTINERA.—¡Ah tunante! ¡pillo!... ¿hay tal perdido?... Y esto pasa en mi cantina!... ¿Qué dirán los señores oficiales?

EL SARGENTO.—Pero ¿qué ocurre, mujer?

LA CANTINERA.—¡Qué! Pues ahí es nada; han sorprendido a un villano con dados falsos.

EL CORNETA.—Aquí lo traen con su hijo.

ESCENA X

Dichos.—LOS SOLDADOS trayendo cogido al CAMPESINO

1.^{er} CAZADOR.—Que le ahorquen.

TIROLESES Y DRAGONES.—Llevalde al preboste.

EL SARGENTO.—Justo; esta es realmente la última orden.

LA CANTINERA.—Véale yo ahorcado antes de una hora.

EL SARGENTO.—Quien mal anda, mal acaba.

1.^{er} ARCABUCERO.—Este es el resultado de la desesperación. Se empieza por arruinarlos, y acaban por echarse á robar.



1.^{er} CORACERO.—¿Qué pasa con este villano?